

Caridad en la universidad

TOMÁS VAL
ESCRITOR



Los rectores han propuesto crear un fondo de particulares para apadrinar estudiantes

En qué momento se había jodido el Perú? Con esa pregunta arranca una de las novelas imprescindibles de Mario Vargas Llosa: Conversación en la catedral. Por cierto, que el Nobel peruano acaba de publicar El héroe discreto, una narración que, por momentos, hace recordar al gran Vargas y que supone una más que recomendable lectura en estos tiempos de penuria. El descubrimiento de la verdad es siempre doloroso y ahora, mientras el pan escasea, tenemos también que asumir que aquello que nos contaban de que en épocas de crisis el genio creador se desarrolla, era una mentira más, al menos en Literatura. Somos más pobres y más tontos; peores.

No sé cuando le sucedió al Perú, pero si me preguntan cuándo se jodió la educación, les diré que ahora, en estos días, cuando los rectores de universidad plantean la creación de un fondo de caridad para poder pagar las matrículas de estudiantes sin recursos. La presidenta de la Conferencia de rectores de universidades españolas, Adelaida de la Calle, después de que se recibieran diferentes cantidades de donantes anónimos para ese fin –la universidad de León recibió 70.000 euros para sufragar matrículas– ha lanzado la propuesta de crear un fondo de particulares para apadrinar estudiantes. Como a niños malnutridos en el Tercer Mundo, como a perros abandonados, como arbolitos de algún bosque perdido condenados a la tala. El último remedio, el que precede a la muerte, es siempre la caridad. La caridad es un noble sentimiento que enaltece a quien lo practica, pero que supone la certificación para quien la recibe de que ha de abandonar toda esperanza.

Mal vamos cuando los derechos se gestionan como limosnas; cuando los rectores, en vez de dirigir centros de conocimiento, han de administrar ONGs dedicadas a la filantropía. El siguiente paso será declarar un Día Mundial del Estudiante Universitario Español, como todas las causas perdidas. Día Mundial de Cáncer, de la Mujer Trabajadora, del Hambre, de la Tuberculosis, del Teatro, del Medio Ambiente... Veremos mesas peditorias en las calles reclamando unos pocos céntimos para poder pagar las matrículas de los aspirantes a médicos, a ingenieros, a maestros...

¿Estaremos perdiendo la cabeza? Podría entender que se potenciara la inversión empresarial en las universidades; que determinadas empresas financiaran departamentos de investigación y que subvencionaran a estudiantes, cosa que ya viene haciéndose desde hace mucho en Europa y EE UU y muy poco en España. ¿Pero dejar al albur de la caridad un derecho tan sagrado como el de la Educación? Orfanato, hospital de caridad, comedor público...

Muy desesperados tienen que estar los rectores –su apellido es Magnífico, qué ironía– para aceptar y proponer esa medida. Ellos saben mejor que nadie que nada es más rentable que la Educación y que nos estamos empobreciendo hasta extremos insostenibles al encarecerla, al cerrar sus puertas a tanta gente. La única forma, la única, la única, de combatir la desigualdad social y el atraso de un país es la Educación. Un estudiante en un aula es un cheque al portador, no un mendigo apostado a la puerta de una iglesia, como parecen creer nuestros políticos. Lamentablemente, sólo saben gestionar la miseria, cerrar ventanas, como una amargada y peligrosa Bernarda Alba. Qué dolor han de sentir los rectores ante esta ignominia; qué ganas de...